

rrupciones, desde 1946. Tampoco me visitaba para traerme una colaboración, sino para anunciarme la inminente llegada de Rodríguez Feo, con quien yo estaba ligado por una vieja amistad epistolar. Como le insinuara algún reproche por acercarse a *Sur* al cabo de tanto tiempo, y con ese exclusivo propósito, se limitó a quitarse los anteojos y a sonreír, enarcando las cejas, fijando en mí la mirada clara y bondadosa, abstraída, de sus ojos de miope. Llevaba, me dijo, una vida muy solitaria; apenas frecuentaba los círculos literarios de Buenos Aires. Por lo común enviaba a *Ciclón* sus originales. En su actitud no había desdén, afectación, orgullo. La prueba es que accedió de buena gana a escribir en *Sur*, y mientras yo fui jefe de redacción aparecieron en sus páginas, además de reseñas críticas firmada por Piñera, varios de los cuentos que integran el volumen *El que vino a salvarme*. En efecto, en la revista aparecieron los cuentos *La carne*, *La caída*, *La gran escalera del palacio presidencial* y *El infierno* y los artículos críticos *Griselda Zani: por vínculos sutiles*, *Silvina Ocampo y su perro mágico*, y *Alfred Jarry: Ubú rey*. Años después, cuando *Sur* realizó en 1959 una encuesta sobre la prohibición de *Lolita*, Virgilio figuró entre los intelectuales que enviaron sus respuestas en defensa de la novela de Nabokov.»

Cuando triunfó la revolución cubana, Piñera logró que Bianco fuera invitado a formar parte del jurado del Premio Casa de las Américas 1961. El viaje a Cuba provocó la ruptura del narrador argentino con *Sur* y su renuncia de la jefatura de redacción. En una entrañable crónica sobre su estancia en La Habana, Bianco habla con cariño de su amigo: «A veces, con un sentido inigualable de lo cómico, aplica a un incidente cualquiera tiradas líricas o pomposas de Racine, Lope, Lamartine y hasta de Núñez de Arce. Hace poco, mientras salíamos del hotel Nacional, rivalizábamos ante el estuor del ascensorista en decir de memoria versos de... Juan de Dios Peza. Porque ni uno ni otro ignoramos a nuestros clásicos. En fin, como toda persona que sabe hacer reír, Piñera sabe reír.» Durante su estancia en la isla, y una vez cumplida su labor como jurado, Bianco fue huésped de Virgilio, quien poseía una casa en Guanabo, una playa cercana a la capital. En la primera carta que le envió al llegar a Buenos Aires le agradece así su hospitalidad: «¿Qué puedo decirte, querido Virgilio, cómo puedo agradecerte lo bueno que has sido conmigo? Tener un intruso metido en tu casa de Guanabo, un intruso a quien le hacías grandes tazas de café por la mañana (ese detalle no lo olvido) y esa casa que algunas veces, cuando tú ya estabas dormido, yo recorría y me hacía pensar en Faulkner, no en sus novelas, sino en algún cuento que he leído, donde había una veranda y un largo corredor de madera, con ventanas de tela metálica, que daban a la noche estrellada, que daban al calor, a los mosquitos y de pronto al viento, un viento que azotaba acompasadamente los arbustos y las plantas tropicales (...) Pero lo más lindo era Guanabo, cuando tú ya te había ido a La Habana, mis tazas de café en frente de Orihuela, mi baño en un mar tibio y desierto en que los cubanos no se bañan en el mes de marzo, mis sandwichs y “bocaditos” en Orihuela. ¡Que encantador todo! Los blancos, mulatos y morenos tan pulcros, con esa manera afable y cantarina de hablar, y un muchacho con quien me hice lustrar dos veces *par acquit de conscience* los mocasines (porque en Cuba está mal visto andar con los zapatos sucios) y que tenía las uñas de las manos, a pesar del betún y los cepillos, más limpias que las mías. Y nuestras vueltas en máquina, o mis llegadas solitarias en máquina, y

el trabajo que me costaba abrir la puerta. A esa operación me iba preparando, mentalmente, con diez minutos de anticipación. Ah, Virgilio, qué días dichosos he pasado en tu casa.» Pese a que fue la última vez que se vieron, Bianco y Piñera mantuvieron la amistad. En 1970 el argentino escribió el prólogo para el volumen de cuentos *El que vino a salvarme*, publicado, seguramente por gestión suya, por la Editorial Sudamericana en su colección El Espejo.

Y aunque no quise el regreso...

A lo largo de todos esos años, Virgilio había escrito una cantidad considerable de cuentos. Unos habían aparecido en revistas, otros permanecían inéditos. Los reunió todos en un volumen, *Cuentos fríos*, que la Editorial Losada publicó en 1956. Como la de Lezama, la narrativa piñeriana puede encasillarse dentro de cierto barroco; sólo que el suyo es un barroquismo que viene dado por la acción más que por el lenguaje. En un estilo ascético, sencillo, coloquial, Virgilio elabora un universo original e inquietante, en el cual un humor corrosivo, cercano a veces al esperpento, contribuye a ofrecer un cuadro amargo de la condición humana. La lectura de sus cuentos nos introduce en un reino insólito y, sin embargo, familiar: los habitantes de un pueblo al que la carne le ha sido racionada van devorándose por órganos y partes («La carne»); convencido de las ventajas de su método, un hombre aprende a nadar en seco («Natación»); las exigentes normas y reglas del combate militar acaban por suspender una batalla («La batalla»). El propio autor defendió la base realista del libro: «Estos cuentos, que parecen ubicarse en la irrealidad, que a simple vista se confundirían con lo fantasmal, han sido concebidos partiendo de la realidad más cotidiana, es decir, de la vida que yo hacía por la época en que los escribía. La de un desarraigado, la de un paria social, acosado por dos dioses implacables: el hambre y la indiferencia del medio circundante. Pudieron haber sido escritos a la manera llamada realista, pero soy tan realista que no puedo expresar la realidad, sino distorsionándola, es decir, haciéndola más real y vívida.» En cuanto al título bajo el cual se publicaron, confesó que le fue sugerido por Rodríguez Feo y a él le encantó. Y aclara: «El lector verá, tan pronto se enfrente con ellos, que la frialdad de mis cuentos es aparente, que el calor es mucho, que el autor está bien metido en el horno y que, como sus semejantes, su cuerpo y su alma arden lindamente en el infierno que él mismo ha creado. Por otra parte, yo detestaba la literatura falsamente patética, esa que se hace a base de ofrecerle al lector una realidad hecha con golpes de efecto; o esa otra que se pierde en descripciones almiaradas de personas y lugares. Esa literatura hecha expresamente «en caliente» ofrecía el triste resultado de dejar frío al buen lector, que pedía, como es lógico presumir, más verosimilitud.»

Una vez más, Gombrowicz demostró su agradecimiento a Virgilio. En una breve carta le decía: «Leí como cincuenta páginas de su volumen *Cuentos fríos*. Sepa, en todo caso, que estoy en verdad impresionado y creo que esto lo consagrará definitivamente, su verdadero terreno es el cuento. El libro tiene más fuerza de lo que posiblemente sospecha. Más rico que *La carne de René*, ya que contiene variantes. No le haría ilusiones, Virgilio, respecto a un asunto tan importante para usted, así que puede confiar

en mi sinceridad. A ver si logro escribir algo más amplio en mi castellano que paraliza y convierte el proceso de escribir en un martirio.» Para una revista de Buenos Aires (resulta difícil precisar cuál, pues Virgilio sólo guardó el recorte, sin ocuparse de apuntar la fuente), el novelista polaco redactó una lúcida nota en la que comenta que estos cuentos «dirigen sus sarcasmos contra la necia vacuidad del mundo y de la existencia; pero a veces la necesidad asume color local y entonces el autor se convierte en profeta de la frustración americana y en glorificador de la inmadurez que nos caracteriza». A juicio suyo, «no todos los cuentos tienen el mismo nivel; en algunos, el exceso de paradojas y formas dialécticas suscita monotonía; otros son de construcción incierta. Pero no faltan las fulgurantes visiones de belleza ni las súbitas intuiciones que nos muestran una nueva dimensión del hombre. Como en nuestro país todo surrealismo resulta “parecido a Kafka”, debemos cuidarnos de no desfigurar esta obra pegándole el rótulo “de procedencia kafkiana”. Por cierto, Piñera se parece al checo y a ciertos surrealistas. Pero es también distinto. Y posee un singular talento narrativo».

A fines de 1957 se estrena en La Habana una nueva pieza de Virgilio: *Falsa alarma*, dentro de un programa de absurdo cubano dirigido por Julio Matas e integrado, además, por *El caso se investiga*, de Antón Arrufat. El texto se había publicado en 1949 en los números 21 y 22 de *Orígenes*, un año antes de que se estrenase en París *La cantante calva*, de Ionesco. Hay una patética anécdota relacionada con esa obra. En 1950 Piñera realizó un viaje a Bélgica y Francia. Su estancia en París coincidió con una temporada en el Odeón de la compañía de Jean Louis Barrault y Madeleine Renaud. El escritor cubano dejó al primero una copia traducida al francés de *Falsa alarma* y el número del teléfono de su hotel. Barrault, por supuesto, nunca lo llamó y, posiblemente, ni se tomó el trabajo de leer aquel original. ¿Cómo un director de su fama iba a perder su tiempo en una pieza de un desconocido autor cubano?

Virgilio había viajado a La Habana para el estreno, y se quedó unas semanas más para asistir a la reposición de *Electra Garrigó* y al montaje de otra pieza suya, *La boda*, que Adolfo de Luis dirigiría para el Mes de Teatro Cubano, que se celebraría en febrero de 1958. Como le cuenta Piñera en una carta a Humberto Rodríguez Tomeu, hizo entonces algo que le divertía mucho: en la fiesta para esperar el año nuevo que organizaron en la sala Atelier, representó la *Fedra* de Racine, reservándose para sí el papel de la protagonista. Para Virgilio, las dos puestas en escena significaron el tener que luchar de nuevo contra la mediocridad y la falta de recursos del medio teatral cubano. En otra carta a Rodríguez Tomeu le cuenta que en el caso de *La boda* tuvo que sostener «una lucha a muerte con las artistitas porque temen decir la palabra «tetas». ¡Qué van a decir sus padres! Te imaginarás qué se puede hacer con tal gente. Una vez más cae uno en la trampita». La noche del estreno, además, se produjo un apagón de una hora antes de la función. «Imagina cómo salieron a escena esos actores, que por añadidura no son maravillosos y, como siempre, cojeaban, además de otras cosas, en las letras. La obra salió mal que bien», contaba a su amigo.

Como el propio Virgilio admitía, para él sería catastrófico tenerse que quedar en tal ambiente artístico. Así que regresó una vez más a Buenos Aires. Pero los años de exilio empezaban a pesar para él, y cayó en una aguda crisis emocional. En junio de

1958 le escribe a su hermana Luisa que ansía «la paz, acabar de *fijarme* en Cuba y terminar. Es cierto que estoy angustiado. El otro día, en casa de Silvina Ocampo, a ella le vino la idea de leerme la mano y se quedó estupefacta. Veía en las líneas de mi mano que estaba devorado por un pensamiento angustioso. Me dijo que era tan obsesionante que comprendí del modo que yo estaba sufriendo. Es lo mismo que tú me dices en tu carta, a tanta distancia, sin verme, pero viéndome con esa agudeza que te da el cariño. Estoy en la posición del que habiendo salvado el abismo sólo le queda su hazaña (...) Ojalá que pronto nos veamos y como dice Ronsard: “nos pongamos junto al fuego a devanar e hilar...” Siento que tengo alma en mi pecho, lo más importante que todavía no he puesto en mi obra. Sé que pasarán largos días todavía antes de poder expresarlo, y sé que esto es lo único que me queda. Hasta ahora he escrito con la soberbia y espero ese día glorioso y amargo en que escribiré con la humildad. En ese día sabré de sobra mi destino más verdadero».

Por fin, en noviembre de 1958 hizo las maletas y volvió a La Habana, tal vez sin la certeza de que nunca más regresaría a Buenos Aires. El panorama que halló en su casa era asfixiante: «De vuelta de la Argentina encontré mi casa tal como la había dejado hacía unos años. Su ritmo no había cambiado en lo más mínimo, ni tampoco su economía sufriera cambio alguno. Es decir, que continuábamos siendo el real que habíamos sido durante cuarenta y cinco largos años. Después de las naturales efusiones, mi madre me llamó aparte y me pidió “prestado” (siempre utilizábamos esa fórmula) un peso. Además, me dio las eternas explicaciones y se deshizo en miles de excusas. Media hora más tarde mi hermana se acercaba para implorarme otro peso; todo acompañado de la palabra “préstamo” y las explicaciones y las excusas. Para aclarar un absurdo que ya empezaba a formarse alrededor de mi persona, considerada como viajero provisto de abundantes fondos, declaré abruptamente que mi capital consistía en la modesta suma de diez pesos. Y añadí: “Los cuales estoy dispuesto a dejar en el fondo común de la casa”. Estas palabras, que podían parecer a cualquier otro que no fuera un miembro de mi familia algo así como una indelicadeza, fijaba, por así decirlo, mi posición de eterno menesteroso y deshacía de un papirotazo ciertas esperanzas infundadísimas que mi familia alimentara por el hecho de haber vivido yo en uno de los países más ricos del planeta.» El cuadro parecía cerrarse irremediabilmente para el escritor, cuando en el país se produjo un hecho de trascendental importancia. El 1 de enero de 1959 el ejército rebelde, con Fidel Castro a su frente, hacía su entrada victoriosa en la capital. Para Virgilio Piñera, como para el resto de sus compatriotas, se iniciaba una nueva etapa.

Carlos Espinosa Domínguez